

Auditando el capital sexual

Pasos hacia una ecología de las relaciones de género

Auditing the Sexual Capital *Steps to an Ecology of Gender Relations*

Enrique GIL CALVO

Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Sociología I (Cambio Social)
gilcalvo@cps.ucm.es

Recibido: 22.4.09

Aprobado definitivamente: 3.6.09

RESUMEN

Pese a ser un sociólogo generalista o multidisciplinar, frecuento algunas especialidades con preferencia sobre las demás, siendo mis campos de estudio preferidos el género, la política, la edad, la familia, la cultura y la teoría sociológica. Y para describir la trastienda de mi proceso investigador, nada mejor que referirme a la gestación de mis estudios sobre relaciones de género, a los que me vengo dedicando a lo largo de mis últimos 30 años, desde que en 1977 me licencié en sociología con una Tesina sobre el emparejamiento y la estructura cognitiva del deseo (*Útero, Deseo y Safo*, inédita). Posteriormente, he publicado cuatro libros más sobre dicho campo (*La mujer cuarteada* en 1991, *El nuevo sexo débil* en 1997, *Medias Miradas* en 2000 y *Máscaras masculinas*, en 2006), así como diversos artículos relacionados. Y hoy continúo embarcado en esa misma línea de investigación, pues preparo un próximo libro que proyecto publicar bajo el título de *El capital sexual*.

Para explicar tan porfiada insistencia en este objeto de deseo cognitivo podría decirse que todo se debe a una cierta obsesión sexual, cuya reiterada frustración se habría sublimado en sentido científico-social para revestirla con una pátina de respetabilidad académica. Por ello, puesto a revelar en público mis estrategias investigadoras, he optado por desnudar mis hábitos mentales más inconfesables para centrarme no en la fabricación de una obra singular sino en el progresivo desarrollo de una obra en marcha, que me viene acompañando a lo largo de mi biografía académica como si llevara una doble vida insospechada pero codiciosa y estimulante. Es mi mejor capital sexual.

PALABRAS CLAVE: Estudios de género, Masculinidades, capital sexual, voyeurismo-fetichismo, sociología y cine, sociología del deseo.

ABSTRACT

Despite being a generalist or multidisciplinary sociologist, I do frequent certain specialties more often than others. The fields of study which have been my priority are gender, politics, age, the family, culture and sociological theory. And to describe the inner workings of my research process there is nothing better than to refer to the development of my studies on gender relations, to which I have been dedicated during the last 30 years, since I received my degree in sociology in 1977 with an undergraduate thesis on couples and the cognitive structure of desire (*Útero, Deseo y Safo*, unpublished [The Uterus, Desire and Sappho]). Subsequently, I have published four books in this field (*La mujer cuarteada* [Woman fractured] in 1991, *El nuevo sexo débil* [The new weaker sex] in 1997, *Medias Miradas* [The Hidden

Gaze] in 2000 and *Máscaras masculinas* [Masculine masks], in 2006), as well as diverse articles. Today I continue, embarked on this same line of research, as I prepare my next book projected to be published with the title *El capital sexual* [Sexual capital].

To explain such a stubborn insistence on this object of cognitive desire I could say that it is all due to a certain sexual obsession, whose repeated frustration has been sublimated into a social-scientific interest and dressed up with a patina of academic respectability. Therefore, willing to publically reveal my research strategies, I have opted to expose my most unconfessable mental habits to focus, not on the production of a particular work, but rather on the progressive development of a work in progress; one that has been accompanying me throughout my academic life as if I were leading an unsuspected but covetous and stimulating double life. This is my most valuable sexual capital.

KEYWORDS: Gender studies, masculinities, sexual capital, voyeurism-fetishism, sociology and cinema, sociology of desire.

SUMARIO

Introducción. 1. Antecedentes. El contexto heurístico del descubrimiento. 2. Resultados. El contenido teórico de la investigación. 3. Consecuencias. El desarrollo del programa investigador. Conclusión. Bibliografía.

INTRODUCCIÓN

El atender una invitación a describir la trastienda de mi proceso investigador plantea ciertas dificultades metodológicas que no parece necesario analizar con detalle. Baste decir que las dudas te asaltan tanto en el momento de elegir el trabajo concreto sobre el que hablar, de entre todos los realizados, como a la hora de decidir la perspectiva discursiva y el enfoque retórico del tratamiento con el que se va a abordar la descripción. Por lo que respecta a la elección de objeto, yo he venido practicando dos especialidades principales: sociología política y relaciones de género; y entre las secundarias que he frecuentado, cabe citar algunas otras: sociología de la familia, sociología de la edad (juventud, vejez, edad adulta), teoría sociológica, sociología de la cultura... Pues bien, ante la duda, opté por elegir la más primitiva desde el punto de vista cronológico: las relaciones de género, objeto de mi tesina de licenciatura. Y un objeto, además, que he seguido investigando con altibajos hasta la actualidad, en que sigo embarcado en su estudio académico y ensayístico.

Y en cuanto al enfoque metodológico, decidirme me resultó sencillo, por cuanto la sugerencia de los editores demandaba casi imperativamente optar por el *storytelling* como método biográfico: el viejo arte, aplicado a mi propia educación sentimental (*bildungsroman*), de contar un cuento basado en la fórmula convencional de planteamiento, nudo y desenlace. De este modo, la historia que aspiro a contar aquí se dividirá en tres partes. En la primera describiré el caldo de cultivo intelectual en que nació mi descubrimiento de las relaciones de género, en cuyo análisis habría de centrarse mi tesina de licenciatura en sociología. En la segunda expondré los contenidos teóricos de la tesina propiamente dicha como artefacto académico. Y en la tercera relataré los pasos sucesivos en que se fue desarrollando después aquel primer objeto de investigación, que al desarrollarse dio lugar a múltiples artículos y ensayos. Finalmente, cerraré mi relato con mi actual replanteamiento de la cuestión, que me ha permitido construir el concepto de capital sexual.

Pero no debo iniciar el recorrido por el sendero de mis descubrimientos sin advertir que, antes de dedicarme a la sociología académica, mi trayectoria intelectual discurrió errática trazando a

la deriva diversos meandros interrumpidos por múltiples merodeos. De entre todos esos pasos previos, deshilvanados e inconexos, sólo aludiré a los que de una forma u otra, directa o indirectamente, acabaron por encaminarme al itinerario que centra el interés de este escrito. En cambio, prescindiré de todos los demás episodios relacionados, por significativos que fueran para mi biografía y por mucho que pudieran influir en el resto de mi obra ulterior. En este sentido, poco o nada diré del contexto en que nació mi vocación por dedicarme al análisis político, campo al que hoy dedico la mayor parte de mi atención intelectual. Y tampoco aludiré, a no ser de modo tangencial y casi de pasada, al resto de vivencias que pudieran preparar mi frecuente dedicación a la sociología de la edad y la familia.

No obstante, antes de entrar en materia aún he de señalar una última puntualización. Y es la de expresar mi firme propósito de separar radicalmente los asuntos personales de los intelectuales. Algo que resulta particularmente difícil en un campo como el que me he propuesto explorar, pues a veces no se puede deslindar por completo la propia vida amorosa de la investigación sobre las relaciones de pareja. Y a título de ejemplo, para explicar las dificultades a que me refiero, baste decir que mi libro más conocido sobre esta materia, *La mujer cuarteada* (del que se llegaron a publicar tres ediciones), estaba dedicada “a cuatro mujeres” cuya memoria me ha venido guiando a todo lo largo de mi educación sentimental: mi madre, mi madrina, mi hermana y mi pareja (esposa, compañera, consorte o como se la quiera llamar). Mi madre como objeto focal de un complejo de Edipo mal resuelto, mi madrina como maestra y guía espiritual en una catequesis de tipo agustiniano que me hizo interiorizar la lectura de Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, mi hermana mayor como la más próxima autoridad femenina que me obligaba de niño a rendirle cuentas casi cada día, y mi pareja como compañera desde niña en el descubrimiento compartido del amor y la sexualidad. En cambio, la influencia masculina fue bastante menor, al carecer de hermanos y actuar mi padre con el papel sobre todo nutricional de un San José, aunque me contagiase casi todos sus vicios, algunos tan positivos como la lectura de novelas de aventuras. Pues bien, nada de estas influencias personales aparecerá aquí, pues me limitaré

a tratar tan sólo de las influencias literarias e intelectuales que explican mi posterior dedicación al estudio de las relaciones de género.

1. ANTECEDENTES. EL CONTEXTO HEURÍSTICO DEL DESCUBRIMIENTO

Todo empezó a partir del momento en que las disposiciones ministeriales del bachillerato de la época, que yo cursaba en un instituto público (y por lo tanto laico, a pesar de hallarnos en plena dictadura franquista, pues estoy hablando del año 1960), en el que ya había una fuerte presencia femenina de profesoras y compañeras, me obligaron a elegir entre *ciencias* y *letras* para poder matricularme en una u otra modalidad dicotómica del bachillerato superior, sin que fuera posible escoger ninguna otra opción intermedia. Dada mi obsesiva vocación lectora, el cuerpo me pedía elegir letras, pues era en esas asignaturas (geografía, historia, arte, literatura, francés y filosofía) donde yo siempre sacaba matrícula de honor. Pero de hacerlo así, quedaría recluido en la incómoda posición de único alumno masculino en un grupo de chicas. Lo que no me desagradaba, ciertamente, pero acarrearía el riesgo de ser absolutamente despreciado por unos compañeros masculinos que ya me ridiculizaban bastante por mi completa nulidad para la pelea o el deporte y mis extravagantes inquietudes intelectuales (me llamaban “el Nene” o “Unamuno”). Total, que para evitar el ostracismo viril, opté por cursar ciencias, rompiendo amarras por un tiempo con un mundo de afinidad femenina como el de las artes y las letras.

Aquella ruptura adolescente (tras superar la reválida del bachillerato elemental con 14 años) me introdujo en una época de aridez numérica o aritmética, donde me vi obligado a competir con mis compañeros disimulando la inteligencia y simulando un rudo machismo blasfemo (tal como se estilaba en mi patria chica aragonesa). Así soporté con paciencia el bachillerato superior, el preuniversitario y el selectivo de ciencias, superando en junio todas las materias a la primera pero sin implicarme emocionalmente en ellas, pues sólo aprendí a odiar los números y a salir de vinos con los grupos de pares que poblaban la subcultura estudiantil en su mitad masculinista. Pero finalmente, cuando ya estaba

cursando en Madrid la iniciación a ingeniería naval superior, mi paciencia se agotó. Rompí con el operador *Nabla* (un grafo matricial que nos llevaba de calle en la asignatura matemática más temible de todas) y colgué la ingeniería, convenciendo a mi familia para que me concediese una segunda oportunidad iniciando una nueva carrera de humanidades.

Así cursé los primeros años comunes (primer grado) de filosofía y letras, cuyas aulas ya estaban por entonces pobladas por mayorías femeninas, sin asistir a clase porque el profesorado franquista carecía de interés (excepción hecha del anticlerical catedrático de historia del arte, que me enseñó a mirar adiestrando mi percepción deconstructiva de la morfología visual-espacial) y dedicándome casi en exclusiva a leer autores como Sender, Max Aub, don Américo Castro, Bergamín (*Fronteras infernales de la poesía*), mi primer Bataille (*La literatura y el mal*), y sobre todo Guillermo de Torre, cuya *Historia de las literaturas de vanguardia* se convirtió en mi Biblia de cabecera, descubriéndome a su cuñado Borges y abriendo mi imaginación hacia la fertilización cruzada de la experiencia super-realista. De esa época procede mi primera experiencia escritora: una novelita pornográfica, escrita con bolígrafo rojo sobre un rollo continuo de papel de retrete (homenaje a Cortázar) que incluía ilustraciones guarras dibujadas a mano por mi propia muñeca.

Todo ello como preparación a lo que por entonces se convirtió en mi sueño más ansiado: entrar en la Escuela Oficial de Cine que en aquella época patroneaban las tres grandes B del *Nuevo Cine* español: Borau, Bardem y Berlanga. Y para mi gran sorpresa, lo conseguí. Tras cumplir la edad mínima de presentación (21 años), logré aprobar a la primera (pues costaba hacerlo una media de cinco convocatorias) el difícilísimo ingreso en la especialidad de Dirección (en mi promoción, de 400 aspirantes sólo ingresamos cuatro, entre ellos Fernando Méndez-Leite y Antonio Castro), tras superar un examen compuesto de cuatro pruebas eliminatorias: redactar la crítica de un film (*Lío en los grandes almacenes*, de Frank Tashlin con Jerry Lewis, donde recurrí a la ética protestante de Max Weber), ordenar con lógica narrativa una serie de 25 fotografías inconexas (casi todas fetichistas, al estar escogidas por Berlanga),

escribir un esbozo de guión desarrollando una forzada situación inicial (a mí me tocó la llegada de un marido que interrumpe a su esposa con su amante en la cama, lo que resolví sacando al seductor al balcón para trepar por la fachada y amenazar con precipitarse al vacío, lo que generaba un escándalo mediático parecido al de *El gran carnaval*, la célebre película anti periodismo basura de Billy Wilder con Kirk Douglas) y finalmente someterme al severo interrogatorio del tribunal formado por las tres B antedichas (a mí me tocó Berlanga, quien me hizo hablar del último film de Antonioni todavía sin estrenar, *Blow Up*, que supe relacionar con el relato de Cortázar que lo inspira).

Total, que entré por la puerta grande en un auténtico crisol cultural donde reinaba un clima transgresor de efervescencia revolucionaria. Deslumbrado por tanta celebridad que habitaba la institución, yo sólo podía figurar como un novato *junior* al que llamaban para ridiculizarme *Illya Kuriakyn* (por mi presunto parecido con el homónimo espía que interpretó David McCallum en la teleserie *El agente de Cipol*, por entonces de consumo masivo). Pero pese a todo tuve la ocasión de asistir como ayudante de dirección a los rodajes de los demás compañeros *senior* que lideraban los cursos superiores: Manuel Gutiérrez Aragón, Antonio Drove, Manolo Marinero, Manolo Revuelta, etc, además de tres mujeres-cineastas: Cecilia Bartolomé, Josefina Molina y la gran Pilar Miró (en cuya práctica de fin de carrera, en la que participé como ayudante de dirección, figuraba también como actor secundario interpretando el papel de un efebo gay). Y en cualquier caso, la estancia en ese criadero de cineastas tan comprometidos como exquisitos supuso para mí un auténtico renacimiento intelectual, pues aparte de convertirme al marxismo althusseriano, de abrazar los fundamentos del psicoanálisis freudiano, de entregarme al perverso encanto del surrealismo buñueliano y de comprarme en París (abril 68) toda la obra completa de Georges Bataille, logré interiorizar los rudimentos del lenguaje cinematográfico, llegando a filmar varias prácticas como creador único entre las que destacó mi única 'obra maestra' (es un decir): un delirante esperpento buñuelesco ambientado en la guerra civil en el que una monja virgen, violada de un disparo en la barri-

ga por la bala untada en semen de un miliciano anarquista, paría un niño Jesús retrasado mental, futuro profeta propagandista del *Manifiesto subnormal* de Manolo Vázquez Montalbán.

Cuento todo esto porque con ello se abrió para mí un periodo de *vida paralela* a la de un celeberrimo sociólogo que luego se convertiría en uno de mis ídolos de inspiración. Me refiero, claro está, a Erving Goffman, el último miembro de la Escuela de Chicago de sociología interaccionista. Como se sabe (porque lo cuenta muy bien Yves Winkin en su influyente biografía del maestro canadiense), Goffman fue un judío paria que, antes de intentar emular al judío cosmopolita Freud (lo que finalmente consiguió tras cruzar la frontera del lago Michigan e ingresar en la Universidad de Chicago), se inició en los secretos del montaje cinematográfico durante su estancia previa en la Escuela de Cine de Canadá (*National Film Board* en Ottawa), trabajando bajo la dirección del célebre documentalista John Grierson. De semejante caldo de cultivo fílmico proceden los tres elementos fundamentales de la microsociología de Goffman: su metáfora dramática o escenográfica (*front vs. backstage*), el juego de roles interactivo entre *ego* y *alter* como trasunto del *découpage* cinematográfico (montaje de planos en alternancia de campo y contracampo), y finalmente, su aportación más celebrada: el *framing* o encuadre (análisis de marcos interpretativos), que está precisamente extraído del lenguaje cinematográfico basado en el *encuadre* o profundidad de campo (primer plano, plano medio, plano americano, plano general, plano-secuencia, *travelling*, etc).

Por supuesto, lejos de mí la inmodestia de compararme a Goffman en esto ni en ninguna otra cosa parecida. Pero lo cierto es que, al igual que ocurre con el célebre maestro, tampoco mi obra posterior puede ser del todo entendida sin relacionarla con mi previa formación pre-sociológica. Y en mi caso, de todas mis varias dedicaciones anteriores a la sociología, mucho más que la ingeniería (de la que me retiré antes de empezar), el arte (que sólo practiqué como diletante pintor *pompier*, aunque llegase a colgar un cuadro en una Bienal de Ibiza), la literatura (con tres o cuatro manuscritos inéditos como novelas de juventud, de las que alguna cortazariana estuvo a punto de ser publicada por Félix de Azúa como secretario de Barral) o la filosofía (precursora de

mi dedicación posterior a la teoría sociológica), fue también el cine sin duda la principal *fuerza oscura* responsable seminal de mi imaginación sociológica. Y esto, sin poder entonces saberlo, como en el caso paralelo de Goffman.

¿Qué lecciones aprendí del cine? La práctica del lenguaje cinematográfico me facilitó el análisis dinámico, y no sólo escenográfico, de la realidad social. Ya he hablado antes, al hilo de la experiencia del joven Goffman, sobre la analogía entre la *performance* cinematográfica y la interacción social, y luego volveré sobre ello. Pero antes quiero señalar algo más, referente a la dinámica social. Todo relato cinematográfico expone en el tiempo un hilo argumental de conclusión legaliforme: como las leyes sociológicas, que aspiran a explicar los hechos sociales como desenlace lineal o consecuencia necesaria de sus antecedentes intencionales e involuntarios. Pues como los personajes del cine, los agentes sociales hacen la historia sin saber lo que están haciendo. Así, el funcionalismo sociológico es análogo al funcionalismo cinematográfico, donde cada plano se explica por su contribución determinante al sentido último del relato. Es la lógica anticipatoria del *suspense* hitchcockiano, que genera expectativas en el espectador sobre lo que pueda llegar a suceder o dejar de suceder. Así ocurre también en la sociología de Merton con las consecuencias queridas e imprevistas de los actos, según que las expectativas previas se vean realizadas o frustradas. Y aquí es donde aparece la *elipsis* (lo no visto pero sugerido en el plano, a lo que se alude como determinante del relato sin que figure en el campo visual) como materia prima del lenguaje cinematográfico, en paralelo a la lógica mertoniana de lo tácito y latente.

Aún hay más, aunque aquí no tenga ya espacio para profundizar en ello. Está la lógica del *star system* como paradigma de la sociedad de consumo de masas, según la expuso Edgar Morin en tanto que sociólogo y que cinéfilo. Está la estética del estreno, de la inauguración o de la aparición estelar por primera vez en pantalla, según intuyó Walter Benjamin en su "Ensayo sobre la obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica". Está la génesis y evolución de los géneros cinematográficos investigados por Rick Altman, que puede ser entendida por analogía con la actual emergencia

de los estudios de género y las identidades colectivas, de acuerdo a las *performances* rituales y los repertorios performativos de Judith Butler y compañía. Y sobre todo está el ojo de la cámara cinematográfica, entendido tanto al modo del *Cine-Ojo* de Dziga Vertov como al modo de la *Historia del ojo* de Georges Bataille. Un ojo sádico-anal que ansía penetrar con su mirada virtual en el ano, en el punto ciego, de la realidad social. Este ojo cinéfilo y *voyeur* (como en *La ventana indiscreta* de Hitchcock), penetrante, entomólogo y diseccionador, es el que de joven aprendí a educar en mi estancia en la Escuela de Cine, y es el mismo que luego empecé a aplicar en mis voyeuristas estudios sobre el capital sexual.

Pero no adelantemos acontecimientos. Tras diversos avatares frustrantes que no es éste lugar para relatar, mi breve experiencia como aprendiz de cineasta terminó por fracasar. Conseguí el título de director, pero ante la imposibilidad de ejercer la profesión, me dediqué a escribir algunos guiones de televisión, adaptando para la pantalla textos de Dostoyevski (*El idiota*) o Flaubert (*Las tentaciones de San Antonio*). Y como ese trabajo tampoco se consolidaba, decidí una vez más darme por vencido, reconocer mi completo fracaso como artista creador, colgar la carrera de cineasta, romper con el pasado inmediato y volver a empezar de nuevo explorando las posibilidades de alguna otra oportunidad vital. Por entonces ayudaba a mi novia y a sus compañeras de facultad a preparar y seguir los estudios de la flamante licenciatura de sociología recién inaugurada en la Complutense. Y de acuerdo a su sugerencia, decidí presentarme a los exámenes para obtener por fin alguna titulación académica por tardía que fuera. Así fue como en sólo tres cursos logré licenciarme en Sociología, incorporándome a la primera promoción en suelo español.

Mi experiencia en la facultad (que ya estaba relativamente segregada por género, al constar de dos secciones: Sociología con predominio femenino, centrada en el estudio de la Sociedad, frente a una Ciencia Política mayoritariamente masculina, volcada en investigar el Estado), no fue demasiado participante, pues apenas pisé las aulas limitándome a presentarme a los exámenes para improvisar alguna respuesta acertada, lo que logré sin gran dificultad. No obstante, sí

seguí algunas clases, aunque fueran más bien pocas. Recuerdo en particular, porque fueron determinantes para mi futura Tesina de licenciatura, la sociología del conocimiento que impartía el marxista Vericat y sobre todo la sociología urbana de Jesús Leal, pues fue en sus clases donde conocí la teoría ricardiana de la Renta de la Tierra desarrollada por Marx y aplicada al sector urbanístico e inmobiliario por Alain Lipietz. Pero también me interesó sobremanera la sociología de la familia con enfoque feminista que impartían Rosa Conde e Inés Alberdi. Su influjo fue sin duda el catalizador que me decidió a investigar los estudios de género, por entonces un campo casi completamente virgen que animaba a tratar de explorarlo con espíritu aventurero.

Es la empresa que acometí al optar por hacer una Tesina de licenciatura en toda regla, como único modo de dignificar mi certificado de estudios en la carrera, que no alcanzaba el notable (7) de nota media. La otra opción, entre las que se tenía que escoger de forma obligatoria, era realizar el examen de licenciatura, donde resultaba casi imposible destacar. Y yo necesitaba obtener alta calificación, pues se me había brindado la oportunidad de entrar en la plantilla de la facultad para hacer carrera académica empezando de profesor no numerario (PNN). Todo ello como consecuencia de una afortunada carambola, pues a mediados del último curso, cuando todavía era un estudiante absolutamente desconocido, obtuve al tercer intento y para general sorpresa el premio Anagrama de Ensayo, gracias a un alambicado texto (*Lógica de la libertad*, 1977) en el que cruzaba el libertarismo anarcoide con el marxismo althusseriano. Un libro del que no pude vender casi ningún ejemplar, pasando también desapercibido para la crítica especializada. Pero aparte de su escasa recompensa dineraria (una fortuna para un estudiante sin oficio ni beneficio), el premio Herralde me acarreó una momentánea celebridad en mi facultad, abriéndome sus puertas para quedarme en ella. Lo que exigía coronar mi licenciatura, nobleza obliga, con una calificación acorde con el premio recibido.

Así fue como redacté en un par de meses mi famosa Tesina, que titulé "*Útero, Deseo y Safo (Bases para una teoría sociológica acerca de la discriminación de la mujer: el tributo doméstico, la renta del útero y la estructura cognitiva*

del deseo)". La defendí ante un tribunal formado por el desaparecido Luís Rodríguez Zúñiga como presidente, Julio Rodríguez Aramberri como secretario y José Vericat Núñez como director de la investigación (un papel que no ejerció en ningún sentido de los posibles, pues se limitó a firmarla como tal cuando ya estaba completamente redactada sin haber consultado nada con él), obteniendo en diciembre de 1977 la calificación de sobresaliente *cum laude*. Posteriormente, hubo que realizar un examen entre los diez licenciados que habíamos obtenido dicha nota máxima, y en la prueba convocada al efecto (esta vez presidida por Julio Rodríguez Aramberri), obtuve también el premio extraordinario de licenciatura en Sociología con el número uno de la primera promoción. Así logré dignificar mi currículum académico, haciendo honor además al prestigio intelectual adquirido con el premio de ensayo.

2. RESULTADOS. EL CONTENIDO TEÓRICO DE LA INVESTIGACIÓN

Mi tesina era una investigación académica escrita con vocación emancipatoria, pues se proponía nada menos que contribuir modestamente a la lucha por la liberación de las mujeres de su ancestral sumisión patriarcal a la dominación masculina. Pero si mi libro anterior, *Lógica de la libertad*, tenía como sujeto histórico revolucionario a la clase obrera o al pueblo trabajador, ¿por qué cambiar de empresa y embarcarme ahora como polizón en la nave de la lucha emancipatoria del movimiento feminista? Hay otras razones personales que lo explican, pero sin duda, para un miembro de una generación verbalmente revolucionaria como la mía, la principal justificación fue la de creer que, tras el aburguesamiento del proletariado alienado por la sociedad del consumo de masas, la liberación de la mujer era la última Bastilla que quedaba por tomar. Años después he tenido que revisar esta postura, en parte porque la Bastilla del patriarcado ya ha caído en manos feministas, pero sobre todo porque han aparecido en nuestro horizonte cívico nuevas Bastillas que tomar: la Bastilla de la discriminación de los mayores, la Bastilla de la segregación de los migrantes y, como éstas, otras muchas Bastillas pendientes de asaltar.

Pero antes de diseñar un programa activista de liberación femenina, se necesitaba diagnosticar con mayor precisión las causas históricas, sociales y económicas que explicaban la sujeción de las mujeres al poder masculino. Con mi natural adanismo egocéntrico, o con inconsciente desprecio machista, prescindí de todas las explicaciones previamente avanzadas por el feminismo, que tampoco tenía demasiado tiempo para revisar, y me puse manos a la obra, dispuesto a parir mi propia explicación teórica, pretendidamente genuina y original. Para ello diseñé un artefacto metodológico construido como una proyección en tres fases (de acuerdo al modelo de lanzamiento de los vehículos espaciales): primera fase, el *tributo doméstico*, que explicaba la sujeción de la mujer al patrimonio familiar de titularidad patriarcal; segunda fase, la *renta del útero*, que explicaba la apropiación masculina de la capacidad reproductora de las mujeres mediante la institución del matrimonio; y tercera fase, la *estructura cognitiva del deseo*, que explicaba la conversión de las mujeres en objetos sexuales dispuestos a ser creativamente consumidos por la libido masculina.

De estas tres fases explicatorias, la primera y más arcaica o primitiva (hablando en clave genealógica) era también la menos original, pues se limitaba a exponer la evidente dependencia femenina de los padres, maridos e hijos que se erigían en sus titulares institucionales. La mujer, la pata quebrada y en casa, ya sea ésta la casa del padre, la del marido o la del hijo. Pero el que semejante patrón vinculante se designase con el rótulo tributario implicaba que debía entenderse al modo unilateral del despotismo asiático, en el que los súbditos están obligados a entregar su tributo sin percibir a cambio ningún bien o servicio en justa reciprocidad. Es el tributo doméstico que deben pagar las mujeres a sus dueños y señores (los varones dominantes) por el mero hecho de adscribirse a sus casas y linajes a título de hijas, esposas o madres. Un tributo en especie (el trabajo doméstico, el cuidado de los hijos, el decoro del hogar) que están obligadas a entregar sin percibir contrapartida recíproca alguna.

La segunda fase del lanzamiento explicativo ya era un poco más compleja, dado que me permití el atrevimiento de comparar la estructura familiar (relaciones de emparejamiento matri-

monial) con la teoría de la renta de la tierra según Marx (que había descubierto a partir de Alain Lipietz en las clases de sociología urbana que daba Jesús Leal). En esta línea los úteros femeninos, como base material de reproducción demográfica, equivalían al factor productivo Tierra (junto con el Trabajo y el Capital) que era apropiado por los varones fecundantes mediante contrato matrimonial. Y de esta apropiación patriarcal de la fecundidad femenina surgía una doble modalidad de valor familiar. De un lado estaba la renta absoluta de la tierra uterina en función de las posibles cosechas cuantitativas de hijos, incorporados por los linajes familiares según el esquema bíblico del creced y multiplicaos. Y de otra parte aparecía la renta relativa de la renta uterina, según cual fuera la renta de situación o renta diferencial del nicho matrimonial en la estructura familiar: un mismo útero no rinde los mismos hijos si pertenece a un terrateniente o a un peón agrícola (por seguir con la metáfora agronómica). Es el síndrome de Cenicienta, cuyo útero eleva el valor esperable de sus hijos si logra casarse con un príncipe azul. Así, la renta del útero, o valor esperable de la progenie, ya no es unilateral (como en el caso del tributo doméstico) sino bilateral, pues depende tanto de la fecundidad de la mujer (renta absoluta) como de la posición relativa que ocupa en el sistema jerarquizado de las relaciones familiares: según cuál sea el estatus socioeconómico del marido con quien llegue a casarse, así será el valor relativo que alcancen sus hijas e hijos en el mercado matrimonial.

Finalmente, quedaba la tercera fase de mi tesina, centrada en la estructura cognitiva del deseo (o interés libidinal) despertado por las mujeres (como objetos sexuales) en los varones (como sujetos deseantes). Esta temática podía parecer no demasiado original por excesivamente mimética, pues se incluía en la moda que por entonces comenzaba a hacer furor del post-estructuralismo según Foucault (*Historia de la sexualidad*) o según Deleuze y Guattari (*El Antiedipo*). Y por supuesto, en mi tesina yo no me privaba de hacer los oportunos homenajes de referencia a las celebridades. Pero en el fondo los tiros iban por otro lado completamente distinto, pues en esta parte es donde yo introducía toda mi experiencia cognoscitiva en la práctica de la mirada cinematográfica del

voyeur y el fetichista. En realidad (venía a decir en mi tesina) los hombres explotamos a las mujeres de tres formas distintas: nos beneficiamos de su esfuerzo familiar sin remunerar (tributo doméstico), las privatizamos en exclusiva para obtener hijos de ellas (renta del útero) y las reconstruimos visualmente como objetos codiciables para satisfacer nuestro deseo. Esta última explotación de la mujer era quizá mi descubrimiento más significativo.

¿En qué consistía mi hipótesis fundamental? El deseo masculino por las mujeres exige una obsesiva actividad imaginaria que actúa como multiplicador de la productividad mental, desencadenando como reflejo condicionado (al modo de los reflejos de Pavlov) una *tensión ética hacia la acción* en el sentido de Weber. Así, desear implica el encadenamiento de dos operaciones de traducción entre objetividad y subjetividad acopladas en cadena. Por la primera (fetichismo) se pasa de contemplar con codicia objetos visuales gratificantes que excitan la imaginación (estímulo desencadenante) a construir sobre ellos un artefacto cognitivo generador de tensión autosostenida. Y por la segunda (adicción) se desencadena una incesante actividad a modo de respuesta movilizadora en busca compulsiva de satisfacciones reiteradas.

Para la primera práctica, activadora del deseo fetichista, mi tesina partía de la teoría del fetichismo en Freud, que busca en ciertas piezas o prótesis femeninas (pies, zapatos, lencería, etc) la metáfora del falo ausente de la madre. Y después proseguía con Ortega y Gasset, quien le confesó a Octavio Paz: “tener una buena idea es como tener una erección” (tal como recogió de viva voz del maestro mejicano Fernando Savater). Lo cual equivale a decir: la ideación (construcción cognitiva) es una sublimación (en el sentido de Freud) de la excitación sexual. Pues en efecto, desear exige construir con la imaginación determinadas arquitecturas visuales que se abstraen de la realidad para fragmentarse en estímulos elementales, autosuficientes y autorreferentes. Es la característica fragmentación (o deconstrucción) de la imagen femenina que practica compulsivamente el fetichista para crear las partículas elementales (*desideremas*) de sus objetos cognitivos de deseo. Para ello recurría al constructivismo sociológico por entonces de moda tras el éxito de Berger y

Luckmann (*La construcción social de la realidad*), aplicándolo a la construcción masculina de los objetos sexuales de deseo (tanto heterosexuales como homosexuales). Pero con semejanza *McGuffin* como pretexto académico, yo me permitía colar de rondón toda mi experiencia deconstructiva de la imagen visual que aprendí en la práctica del *découpage* (edición o montaje) cinematográfico: el ojo de la cámara de Vertov es el ojo del deseo sexual. Y esta traducción de los estímulos visibles en imágenes cognitivas implica una incesante gimnasia mental, amplificada por la experiencia pornográfica, fotográfica y cinematográfica, que multiplica extraordinariamente el rendimiento cognitivo.

Pero el varón deseante no se limita a construir fetiches abstractos y virtuales, sino que también los busca y los recrea fuera de sí con adictiva fruición, reconstruyendo para ello compulsivamente la realidad exterior. Es la segunda operación inversa de traducción a la que me refería antes, ya no de fuera adentro, como en el fetichismo cognitivo, sino ahora de dentro afuera. Pues en efecto, la cognición fetichista genera una incesante tensión hacia la acción, que se traduce en la colonización masculinizante de la realidad femenina. Pero una tensión hacia la acción que se proyecta no sólo hacia las mujeres sino que además se sublima hacia toda posible intervención en la realidad, pues el varón deseante es el sujeto activista por antonomasia. Si para Weber la productividad del capitalismo es un efecto indirecto del ascetismo intramundano de la ética protestante, que induce una compulsiva propensión a trabajar sistemáticamente para transformar la realidad, en mi tesina yo sugería que el deseo sexual masculino genera una tensión ética hacia la acción mucho más obsesiva y acuciante que la búsqueda de salvación personal. Así que la hiperactividad autorrealizadora de los varones hay que entenderla sobre todo como un subproducto indirecto de su adicción cognitiva a los objetos de deseo.

Pero esta evidencia del deseo masculino genera una doble consecuencia perversa para las mujeres. Ante todo las reduce al pasivo papel de ser meros objetos (o víctimas) del deseo masculino ajeno. Pero además inhibe en ellas su potencialidad como sujetos deseantes, privándoles de tensión ética hacia la acción y reprimiendo su capacidad de intervención transfor-

madora de la realidad. Aparece así una nueva causa de desigualdad y segregación entre hombres y mujeres, que viene a sobreañadirse a las derivadas del tributo doméstico y la renta del útero. Y esta nueva causa es la distribución desigual del poder cognitivo deseante entre hombres y mujeres: aquellos monopolizan el poder de erigirse en sujetos de deseo activista mientras éstas se ven reducidas al pasivo papel de meras exhibidoras de objetos de deseo sexual.

Por tanto, para poder iniciar la lucha femenina emancipatoria, y alcanzar algún día la igualitaria liberación de las mujeres, habría que lograr transformarlas en nuevos sujetos de deseo activo, dejando de estar reducidas al papel cosificante de objetos de deseo. En suma, para emanciparse las mujeres deben aprender a desear con activismo cognitivo como hacen los hombres. Y para ello, hasta tanto se cree un nuevo modelo femenino de deseo activo, nada mejor que comenzar por imitar el modelo masculino de deseo cognitivo. Es la estrategia que despliega el lesbianismo político (hoy con gran presencia pública, pero en el momento de redactar mi tesina todavía minoritario, despreciado y reprimido), y de ahí que mi tesina se titulase *Útero, Deseo y Safo*, para hacer ver con el nombre de la poeta de Lesbos la necesidad de que las mujeres se adueñen y reapropien del poder desiderativo que provocan para dirigirlo sobre sí mismas como mejor palanca para empoderarse y erigirse en sujetos de su propio deseo (y no en objetos del deseo ajeno), conquistando de esta forma su emancipación y desencañando con ello su cognición y su activismo.

3. CONSECUENCIAS. EL DESARROLLO DEL PROGRAMA INVESTIGADOR

Aquella tesina gustó bastante entre las escasas personas que la leyeron, y por propia iniciativa de los miembros del tribunal (Luis Zúñiga y Julio Aramberry), se planteó su aparición en una conocida editorial de marchamo progresista. Pero la oferta no llegó a puerto y la publicación se frustró por entonces, quedando finalmente inédita. Dada mi falta de relaciones e influencias con las redes de complicidad masculina que controlan las instituciones, mi carrera intelectual se vio relativamente obstruida por la impermeable barrera de un techo de cristal que no

sólo bloquea el paso de las mujeres sino de todas las demás personas que actuamos por libre sin ataduras, servidumbres, compromisos, séquitos ni dependencias. Total que, hasta bastantes años después, no pude volver a retomar la cuestión planteada en mi tesina. Y mientras tanto hube de dedicarme a otros campos como la sociología de la juventud.

Finalmente, cuando logré hacerme con paciencia un cierto prestigio intelectual labrado en otros campos, llegó la ocasión de reemprender la marcha explorando la posibilidad de publicar mi tesina. Pero ya habían pasado casi tres lustros, el marxismo había muerto hacía mucho tiempo y las modas intelectuales empezaban a adentrarse en la camaleónica posmodernidad. De modo que la tesina ya no podía publicarse tal cual, sino que necesitaba una revisión en profundidad. Lo del tributo doméstico ya no me gustaba y habría que revisarlo a la luz de la literatura reciente, y lo de la renta de la tierra había que suprimirlo de raíz, dada la muerte del marxismo. En cambio, lo de la estructura cognitiva del deseo me seguía interesando bastante, aunque necesitaba una reactualización para traducirlo a lenguaje políticamente correcto, prescindiendo del lesbianismo para convertir un panfletario manifiesto transgresor en un comercial ensayo divulgador. De modo que decidí tirar a la basura el manuscrito de la tesina y hacer tabla rasa empezando de nuevo.

Y así fue como nació *La mujer cuarteada* (1991), donde por una vez logré claridad comunicativa acertando con interesar al lector. En lugar de proponer un tratado teórico al estilo marxiano, adopté un hilo argumental en forma de relato para contar la crónica secular de la emancipación femenina en clave de sociología histórica: primero el proceso de hominización (donde adopté una perspectiva evolucionista), después las relaciones de parentesco preindustrial fundadas en la hipergamia (estrategia matrimonial ascendente), luego la modernización urbana con la familia nuclear parsoniana (asimetría de roles), y por fin la encrucijada contemporánea de la mujer dividida entre el trabajo (la profesión) y la familia (el amor). Gracias al amplio comentario que le dedicó Fernando Savater en términos muy elogiosos desde las páginas de *El País*, el libro obtuvo bastante repercusión, siendo reimpresso hasta llegar a la

tercera edición. Y todavía hoy, otros tres lustros después, me siguen citando y reconociendo por él. Pero a mí me sigue gustando mucho más mi tesina de hace 30 años, por desequilibrada y confusa que fuera, pues la recuerdo llena de descubrimientos e iluminaciones, mientras que *La mujer cuarteada*, aunque lúcida, pedagógica y certera, me resulta demasiado suave y ligera. En particular, echo de menos la contundencia del análisis del deseo masculino basado en la cognición del cine-ojo fetichista, que en *La mujer cuarteada* queda tan edulcorado que resulta casi emasculado en aras de la corrección política.

De modo que la insatisfacción intelectual que me produjo mi ensayo más conocido me llevó a seguir profundizando en la cuestión para desarrollar sus evidentes lagunas. Es lo que continué haciendo un tiempo después, alternando las relaciones de género con las demás temáticas en que estaba comprometido (sociología política, teoría sociológica, sociología de la edad y la familia, análisis cultural), pues gracias en parte a ensayos como *La mujer cuarteada* iba por fin alcanzando una cierta notoriedad que me permitía publicar con más desahogo. Ante todo, al margen de mis clases de sociología política comunes a las dos licenciaturas de CC Políticas y Sociología, dediqué mi asignatura de libre configuración (*Estrategias personales y familiares*), así como mi curso de doctorado en la Complutense (*El género del poder. Estrategias políticas de hombres y mujeres*), al análisis de las relaciones de poder entre los géneros. Y en paralelo, seguí escribiendo diversos artículos y libros sobre dicha cuestión vertebral, que iba alternando con los demás ensayos que publicaba sobre el resto de mis especialidades. Para no cansar al lector, sólo citaré aquellos libros que me parecen directamente pertinentes.

En 1993 apareció *La era de las lectoras*: un análisis con perspectiva de género de las Encuestas de Comportamiento Cultural que periódicamente acomete el Ministerio de Cultura, donde al hilo del incremento de la lectura femenina, que ha ido sobrepasando con creces a la masculina, se introducían múltiples reflexiones relativas a la cuestión que nos ocupa. En 1997 publiqué *El nuevo sexo débil (Los dilemas del varón posmoderno)*, donde iniciaba el estudio de la resistencia masculina al ascenso de las mujeres en la vida pública: un libro que podía conside-

rarse, en cierta medida, una continuación de *La mujer cuarteada* simétricamente inversa, al estar ahora centrado en el inicio del declive del poder masculino. Y esta temática, la del progresivo equiparamiento de las posiciones ocupadas por mujeres y hombres en la esfera pública y en el ámbito íntimo, también aparecía en un ensayo de 2001 sobre el curso vital titulado *Nacidos para cambiar (Cómo construimos nuestras biografías)* y en otro dos años posterior sobre el envejecimiento poblacional (*El poder gris*), donde se pronosticaba el liderazgo femenino de las superabuelas *babyboomers* a la cabeza de las cohortes sobretituladas que se jubilen a partir de 2025.

Pero en todas estas obras que acabo de citar sólo se abordaba, para entendernos, el tributo doméstico y la renta del útero (por citar las esferas familiar y matrimonial contempladas al inicio de mi tesina de licenciatura), mientras que faltaba continuar el análisis de la estructura cognitiva del deseo (que era mi hipótesis esencial en aquella investigación). Pues bien, este fue el campo que por fin abordé en mis dos últimos libros publicados (entre otros más de sociología política) sobre las relaciones de género. En el año 2000 apareció *Medias miradas (Un análisis cultural de la imagen femenina)*, donde deconstruía en sus tres dimensiones semióticas (sintáctica, semántica y pragmática) la representación escenográfica del repertorio triádico de identidades femeninas: “virgen, madre y puta”. El texto le debía todo al análisis goffmaniano de la presentación de la propia imagen ante los demás, y en particular a su célebre texto sobre la hiperritualización de las imágenes femeninas en las fotografías de los anuncios publicitarios. Y es que, para esta fecha, yo ya era consciente del común vínculo cinematográfico que me relacionaba con Goffman. De ahí que mi análisis del fetichismo femenino que en este libro se contiene deba ser directamente asociado con mi primitiva experiencia cinematográfica y con la última parte (estructura cognitiva del deseo) de mi tesina de licenciatura, a la que viene a desarrollar con perspectiva deconstructiva o postestructural.

Finalmente, en 2006 publiqué *Máscaras masculinas (Héroes, patriarcas y monstruos)*, un libro sobre las masculinidades contempladas con la perspectiva contemporánea del posfeminismo estadounidense en la línea de las máscaras de Judith Butler. Pero deliberadamente, y

como vínculo de continuidad respecto a mi obra anterior (*Medias miradas*), aquí también ordenaba las mascaradas masculinas en un repertorio triádico tomado en préstamo del triángulo culinario (lo crudo, lo cocido y lo podrido) de Claude Lévi-Strauss. De ahí que surgieran las tres máscaras arquetípicas del héroe, el patriarca y el monstruo en justa correspondencia con el repertorio femenino de la virgen, la madre y la puta. Ahora bien, en el largo capítulo dedicado a la identidad del monstruo, se volvía a recurrir sin citarlo al mismo contenido temático del final de mi tesina de licenciatura: la estructura del deseo. Pues en efecto, el monstruo masculino es el perverso polimorfo de Freud que busca ya sea consumir o construir objetos de deseo libidinal. Si se satisface con el consumo acumulativo de objetos de deseo insaciable, es un monstruo maldito, como los violadores en serie o los asesinos múltiples. Pero si se satisface construyendo *ex nihilo* sus propios objetos de deseo autista, es un genio creador: un artista, un autor.

CONCLUSIÓN

¿Y a partir de allí, qué? Bien, espero que las próximas etapas de mi programa investigador en materia de relaciones de género se concentren a medio plazo en un nuevo objeto de estudio, que espero construir a partir de mi vieja hipótesis sobre la estructura cognitiva del deseo: el *capital sexual*. Por este concepto de raigambre bourdieviana entiendo la capacidad potencial de establecer compromisos incondicionales fundados en la vinculación corporal (psicosomática). En su sentido más restringido, el capital sexual se refiere a la oferta y la demanda de relaciones sexuales cualquiera que sea su duración esperable, desde la masturbación puntual y los servicios de pornografía y prostitución al emparejamiento vitalicio. Pero en su sentido ampliado, el capital sexual se refiere a la doble capacidad de seducir y de desear (de convencer y de ambicionar) que incorporan inherentemente los seres humanos.

Lo cual incluye, por el lado de la oferta (capacidad de seducción y convicción), desde la autoridad pública de una *prima donna* como Sarah Bernard o María Callas al carisma weberiano de un papa Wojtyla o un Barack Obama. Y por el

lado de la demanda (alienación de consumo ostensible), la apasionada preferencia por vincularse al servicio del bien amado que revelan los amantes, los *fans*, los conversos, los seguidores, los fetichistas, los *fashion victims* o los enamorados. En el bien entendido de que tanto la oferta como la demanda de capital sexual (en sentido amplio) son una sublimación del deseo libidinal. Y es que el deseo (tensión ética hacia la acción en el sentido de Weber) es la materia prima con la que se forman las preferencias individuales: el interés económico, el afán de lucro, la envidia moral, la admiración ética, la emulación pública, la búsqueda de poder, la ambición social.

Como no podía ser de otra forma, el capital sexual es una variante del capital social (relaciones de confianza y reciprocidad) y del capital humano (formación educativa que incrementa la productividad y la autorrealización). Además, el capital sexual implica tanto capital físico (carnalidad, tecnología, *performances*) como capital simbólico (crédito, prestigio, influencia, autoridad). Y al igual que cualquier otra forma de capital, en “un bien (valor de uso) que sirve para producir otros bienes” (valor de cambio, inversión, productividad). En este sentido, el capital sexual, aparte de generar utilidades inmediatas (placer, orgasmo, satisfacción libidinal), produce además toda una serie de efectos deseados y subproductos imprevistos, entre los que destacan la estrategia matrimonial (emparejamiento), la movilidad ascendente, la filiación progenitora, el éxito personal y el capital social. Otra cosa distinta es que su producción, su apropiación, su control y su uso estén desigualmente distribuidos en función del género, la edad, la clase social, la etnia y demás criterios (*cleavages*) de discriminación, desigualdad, segregación y estratificación social.

Desarrollar esta hipótesis en un nuevo programa de investigación a largo plazo es el propósito que me anima en la actualidad, orientando tanto un proyecto de libro futuro (que aspira lógicamente a titularse *El capital sexual*) como mi nuevo curso de doctorado, precisamente titulado *Economía política de las relaciones de género* (subtítulo a su vez del ensayo proyectado). Pero por el momento no sé hasta qué punto lograré cumplir mis ambiciones, coronado a plena satisfacción este programa investigador. Todo dependerá, como es de suponer, de mis reservas de capital sexual.

BIBLIOGRAFÍA

- Rick ALTMAN: *Los géneros cinematográficos* [1999], Barcelona, 2000, Paidós.
- Georges BATAILLE: *La literatura y el mal* [1957], Madrid, 1959, Taurus.
- Georges BATAILLE: “Histoire de l’Oeil”, en *Oeuvres Complètes. I. Premiers écrits, 1922-1940*, pp. 7-78, París, 1970, Gallimard.
- Walter BENJAMIN: “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” [1935], en la compilación de W. BENJAMIN, *Sobre la fotografía*, pp. 91 a 109, Valencia, 2004, Pre-Textos.
- José BERGAMÍN: *Fronteras infernales de la poesía*, Madrid, 1959, Taurus.
- Peter BERGER y Thomas LUCKMANN: *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, 1972, Amorrortu.
- Pierre BOURDIEU: *La dominación masculina* [1998], , Barcelona, 2000, Anagrama.
- Judith BUTLER: *El género en disputa* [1990], México, 2001, Paidós.
- Gilles DELEUZE y Félix GUATTARI: *L’Anti-Oedipe: capitalismo et schizophrénie*, París, 1972, Minuit.
- Michel FOUCAULT: *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*, México, 1977, Siglo XXI.
- Enrique GIL CALVO: *Lógica de la libertad. Por un marxismo libertario* [V Premio Anagrama de Ensayo], Barcelona, 1977, Anagrama.
- Enrique GIL CALVO: *Útero, deseo y Safo. Bases para una teoría sociológica acerca de la discriminación de la mujer: el tributo doméstico, la renta del útero y la estructura cognitiva del deseo* (manuscrito mecanografiado inédito), Memoria de Licenciatura en Sociología, Facultad de CC Políticas y Sociología, Madrid, 1977, Universidad Complutense.
- Enrique GIL CALVO: *La mujer cuarteada*, Barcelona, 1991, Anagrama.
- Enrique GIL CALVO: *La era de las lectoras*, Madrid, 1993, Instituto de la Mujer.
- Enrique GIL CALVO: *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*, Madrid, 1997, Temas de Hoy.
- Enrique GIL CALVO: *Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina*, Barcelona, 2000, Anagrama.
- Enrique GIL CALVO: *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías*, Madrid, 2001, Taurus.
- Enrique GIL CALVO: *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez*, Barcelona, 2003, Mondadori.
- Enrique GIL CALVO: *Máscaras masculinas. Héroe, patriarcas y monstruos*, Barcelona, 2006, Anagrama.
- Erving GOFFMAN: *La presentación de la persona en la vida cotidiana* [1959], Buenos Aires, 1971, Amorrortu.
- Erving GOFFMAN: “La ritualización de la feminidad (1976)”, en Erving GOFFMAN, *Los momentos y sus hombres. Textos seleccionados y presentados por Yves Winkin*, pp. 135-168, Barcelona, 1991, Paidós.
- Claude LÉVI-STRAUSS: *Mitológicas, I: Lo crudo y lo cocido* [1964], México, 1968, F.C.E..
- Alain LIPIETZ: *Le tribut foncier urbain*, París, 1974, François Maspero.
- Edgar MORIN: *Las stars: servidumbres y mitos*, Barcelona, 1972, Dopesa.
- Fernando SAVATER: “Génesis del pesimismo genital”, en F. SAVATER (comp.): *Filosofía y sexualidad*, Barcelona, 1988, Anagrama.
- Guillermo DE TORRE, *Historia de las literaturas de vanguardia*, Madrid, 1965, Guadarrama.
- François TRUFFAUT: *El cine según Hitchcock* [1966], Madrid, 1974, Alianza.
- Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN: *Manifiesto subnormal*, Barcelona, 1970, Kairós.
- Dziga VERTOV: *El cine ojo*, Madrid, 1973, Fundamentos.
- Yves WINKIN: “Erving Goffman: retrato del sociólogo joven”, en Erving GOFFMAN, *Los momentos y sus hombres. Textos seleccionados y presentados por Yves Winkin*, pp. 11-85, Barcelona, 1991, Paidós.